

ASCENSO A LOS ANDES

Paisaje y Vida
Trashumante
de Tranquilla

Fotografía
Gastón Luna Chamorro

Investigación
Nanette Vergara Aguilera
Daniel González Hernández

ASCENSO A LOS ANDES

ASCENSO A LOS ANDES

**Paisaje y Vida
Trashumante
de Tranquilla**

Fotografía

Gastón Luna Chamorro

Investigación

Nanette Vergara Aguilera
Daniel González Hernández

Ascenso a Los Andes **Paisaje y Vida Trashumante de Tranquilla**

Dirección investigación
Nanette Vergara Aguilera

Investigadores
Daniel González Hernández
Danilo Petrovich Jorquera

Fotografía
Gastón Luna Chamorro

Textos
Nanette Vergara Aguilera
Daniel González Hernández
Milagros Abalo Cea

Diseño y diagramación
Marcos González Valdés

Primera edición 2026, Rutas Rupestres y ONG MUCAM.
La edición de esta obra contó con el financiamiento del Fondo del Patrimonio Cultural, convocatoria 2024, del Servicio Nacional del Patrimonio, proyecto folio Nro. 102989 “El ascenso a los Andes. Las Dimensiones de la trashumancia altoandina del Choapa”.

@Los autores
@Rutas Rupestres
@ONG MUCAM

Producido, editado y publicado por Rutas Rupestres y ONG MUCAM.
Mayo 2026. Todos los derechos reservados.
Chiltepín, Salamanca, Región de Coquimbo, Chile.
www.mucam.cl

Cualquier reproducción total o parcial de esta obra, incluidas las fotografías, textos y diseño original, podrá realizarse solo con el consentimiento por escrito de los editores y los titulares de derechos de autor.



PROYECTO FINANCIADO
POR EL FONDO DEL
PATRIMONIO CULTURAL,
CONVOCATORIA 2024



Índice

Introducción	9
La mujer trashumante	55
Posturas. Notas de campo	81
Los senderos de las cabras en la alta cordillera	113
Un día en El Aletón de la Yareta	147
Escrituras Pétreas: señas	165
De medicinas y otras hierbas del paisaje cultural trashumante	183
Crianza mutua	203
Menú tradicional de Tranquilla	221
Bibliografía	253

Introducción

Subir a la cordillera no es un mero andar, solo un viaje, es relatar una vida de otra forma. Re-definir la vida y el trabajo. La trashumancia es una práctica que no sólo define una economía productiva sino que es una forma de vida en todas sus dimensiones, incluso en aquellas dimensiones que van más allá de la propia cultura y humanidad, pues involucra a la naturaleza y los seres vivos en su integridad.

La labor principal para los trashumantes es hacer el queso, extraído de la leche de cabra, su ganado caprino debe subir a la cordillera en busca de mejores pastos y aguas puras, esto es así por razones climáticas y ecológicas, y debe ocurrir en la temporada estival.

Las veranadas que comienzan en diciembre y terminan en abril implican mucho más que un problema de economía campesina, como veremos en este libro, es la propia vida la que debe ser entendida de otra forma, como si la montaña y sus *puquiales* abrieran otra dimensión de la cultura y sus prácticas.

Estamos en el valle del Choapa, provincia del mismo nombre, en el límite entre la cuarta y quinta región de Chile, el paisaje semi-árido hace difícil la agricultura y la ganadería a gran escala, la economía familiar y de subsistencia es parte de una realidad profunda de la región, sobretudo en las zonas llamadas de secano, donde las tierra no son regadas por afluentes o ríos sino por la lluvia y la humedad del ambiente. Uno de los pueblos o aldea más cordilleranos del valle es Tranquilla, perteneciente a la comuna de Salamanca, pueblo campesino alejado igualmente del centro comunal, es como un límite antes del acceso a la cordillera inmensa. Después de Tranquilla hacia el este, vienen Los Corrales, después el Almendrillo y sus sendos corrales de piedras, luego el Valle y ya desde ahí el acceso cordillerano a la vida trashumante.

Por varias generaciones la actividad caprina es la que se realiza en el sector, la cuarta región es la que concentra mayormente este sector productivo a nivel nacional y la provincia del Choapa es la segunda con más ganadería de la re-

gión, luego del Limarí. La ganadería caprina es de baja escala, una economía familiar campesina, donde la mano de obra es la propia familia, hombres, mujeres, niños y adultos mayores, todos ejercen un trabajo para este tipo de economía casi de subsistencia.

Hoy en día la trashumancia del sector es realizada por pocas personas. Antes, por lo menos dos décadas atrás y más, era una actividad muy extendida en todas las familias de los poblados de Chillepín, Coirón, Cuncumén y Batuco, por nombrar algunos, los más cercanos. Hoy en día quizás la gran mayoría solo están ubicados en Tranquilla, Cuncumén y Batuco, y ya realizados por pocas personas. El grupo trashumante de Tranquilla lo conforman alrededor de 20 personas y quizás son solo una docena las más activas. Durante la veranada del año 2026 solo subieron una media docena de familia de crianceros. Así como han disminuido las familias crianceras y trashumantes ha disminuido el ganado, cada familia tendrá hoy en día a lo más una centena de animales, cuando sus abuelos y bisabuelos quintuplicaban ese número.

Durante el siglo XX, y hasta la reforma agraria, a pesar que las tierras eran de propiedad estatal (de la Junta de Beneficiencia de Santiago desde el siglo XIX, que luego fue el Servicio de Salud), estas las arrendaba a administradores rurales que reproducían la cultura hacendal-patronal, con muy malas condiciones para los inquilinos y peones, esto dio a lugar, incluso a una revuelta en el sector de Tranquilla hacia comienzos de siglo XX (Goicovic, 1997). Los malos tratos y explotación laboral siguieron hasta el surgimiento de los procesos de reforma agraria y los primeros asentamientos. Sin entrar en detalle, es importante mencionar que la división de los grandes fundos y el trabajo organizado por los campesinos funcionó bastante bien en varios de los sectores del Choapa, con organizaciones de cooperativas en varios niveles y tamaños. Las tierras comunes de Tranquilla, también de Coirón, Cuncumén y Chillepín han permitido que el trabajo agrícola familiar aún sea posible, así como también las verandas en tierras cordilleranas propias de cada comunidad, que son de gran tamaño, unas 45 mil hectáreas. El proceso de contrarreforma dañó profundamente la tenencia colectiva de tierras, sobre todo para la zona de Cuncumén y Chillepín, siendo los sectores de Tranquilla, Coirón y Quelén los que aún hoy poseen el régimen colectivo de tierras. Pero en Coirón casi no quedan trashumantes, esto hace pensar que la comunidad de Tranquilla es, por hoy, la única que queda existiendo de la forma en como se configuró desde la Reforma Agraria.

Caso especial y muy perjudicial ha sido lo que ocurrió con las tierras de Cuncumén y Chillepín que terminaron vendiéndolas, a muy bajo precio, y en época de dictadura, a la Minera Los Pelambres. Esto ha significado una pérdida dramática de la autonomía con que trabajan los trashumantes de Cuncumén, pues a pesar que aún pueden practicar su trashumancia y producción de queso, deben pedir permiso a la minera para acceder a los espacios cordilleranos.

En el Informe sobre los trashumantes de la comuna de Salamanca, de Nanette Vergara et al., se resumen bien la historia:

“Con la Reforma Agraria, durante los periodos de nacional desarrollo y unidad popular, son asignados terrenos a los campesinos del Choapa para uso comunitario, lo que se denominó asentamientos, a su vez estos dieron origen a las cooperativas campesinas. En el caso de las comunidades de Quelén, Tranquilla, Cuncumén, Coirón (Alto Choapa) y San Agustín (valle de Chalinga), se conforman como comunidades de tierra con derecho a suelos de uso agrícola desde el borde del río hasta los canales de riego, y sobre esta línea fueron asignatarios de campos de pastoreo para actividad ganadera en las tierras de secano, incluyendo los valles y vegas de alta cordillera, figura que continúa hasta el día de hoy para estas localidades. Tras el golpe de estado en 1973, el proceso de asignación de tierras se ve truncado a partir de la Contrarreforma Agraria, desdibujándose de esta manera el panorama de avances en materia social respecto al ajuste en la distribución y uso de la tierra.

En Chillepín (Alto Choapa) las tierras cordilleranas de secano fueron adquiridas por la Sociedad privada por Anaconda Minerals, dejando a los pastores trashumantes sin acceso fluido a la veranada por los caminos ancestrales del Cajón de Chillepín, donde actualmente se denomina El Manque y Gualtatas, espacios que fueron adquiridos por la actual empresa trasnacional instalada en la cabeza de la cuenca del Choapa: Minera Los Pelambres. Mismo caso sucedió con los campos cordilleranos de Cuncumén (Alto Choapa):

“(…) Las tierras de Cuncumén se vendieron en 1977 a precio de huevo, porque los milicos trajeron una cuadrilla de regimiento a Cuncumén y obligaron a punta de fusil a los parceleros a vender esas tierras a muy bajo precio, amenazando que si no vendían les iban a expropiar” (Vergara, 2016).

Cuestión muy distinta ocurrió con Tranquilla, Coirón y Quelén, que fueron comunidades que mantuvieron sus tierras hasta hoy, y que para el caso de Tranquilla les permite mantener su trashumancia y trabajo de manera tal que muchas veces al hablar y dialogar de cuales son las razones de estar aún insi- tiendo en esta labor y vida, se destaca la sensación de libertad, la importancia de su autonomía, de sentirse tan libre en esa inmensidad cordillerana que los resguarda.

La montaña así se transforma en un espacio e historia de resistencia (Vergara, 2016), su historia de larga duración y en otras latitudes, pero no tan lejanas, nos indica que la montaña es la historia de un “pueblo libre” (Salazar, 2025). Y también es un lugar lleno de sociabilidad y comunicación entre personas y economías, no son espacios vacíos, existe una vida de montaña (Contreras y Gonzalez, 2024), compleja, interconectada, trans-cordillerana y trasn-fronte- riza, donde los caminos, por pequeñas huellas que sean, son conocidos y tran- sitados, y conectan con otros valles y majadas, van hacia los centros poblados de las provincias, a otra región e incluso otro país, por lo que el flujo se vuelve realmente complejo y lleno de diferencias. Para el mundo aymara y andino, la montaña son seres lleno de fuerza, que cobijan, pero que también amenazan, sus caminos están intensamente simbolizados y son caminos para la memoria (Choque, 2008; Abercrombie, 1998) y para la revitalización de la vida (Allen, 2024), por eso siempre se recorren y se vuelve a ellos, también en la montaña se práctica la crianza mutua (Alvarez, 2022), tal como se observará en este libro, que es una concepción de la vida y sus práctica en donde todos los seres humanos y no-humanos van cuidándose mutuamente, en una corresponsa- bilidad mutua, reciproca, llena de diálogos y creencias, son dimensiones ma- teriales y relacionales de la vida que no debemos olvidar en nuestros análisis históricos, sociales y productivos.

Subir a producir quesos en la cordillera no es solo ir a buscar buenos pastos, hierbas medicinales y únicas, sino también aguas puras. En general las postu- ras, que es el lugar donde cada familia queda estacionada junto a su ganado en la veranada, están ubicadas en los nacimientos de las aguas, en los pukiales o puquíos o puques, manantiales de agua que florecen de la tierra. O también las posturas están cerca de los flujos de aguas que viene directo de las cumbres cercanas. Esta agua purísima, fresca, ayuda a la alimentación, pero también al higiene al momento de elaborar el queso. En una región semi-árida, que ha sufrido por más de una década de sequías muy dramáticas, en donde la vida agrícola, por lo general es de seco, el fluir de las aguas, por doquier, aunque

sea en pequeñas vertientes, es un signo de abundancia y vida. También los trashumantes siembras vegas, trasladan el agua con mangueras a sectores mas altos de los cerros para practicar un riego por rebalse e infiltración de grandes paños que se transforman en buenos pastos cercanos a sus puestos y los corra- les de las cabras. La montaña nos cuida con sus aguas y su flora, sus hierbas medicinales que crían a las cabras y protegen a los humanos. La montaña es un botiquín preciso y precioso de sustancias benignas que hay que saber ocu- par. Muchos de los trashumantes saben de estos secretos medicinales.

Por los caminos de montaña nos cruzamos con petroglifos, hay muchos de ellos, y nos llamaron la atención aquellos que estaban ubicado en las bocas de las quebradas que conectan pasajes y rutas que van de norte a sur, y que si nos extendemos en el territorio, conectan con la senda de petroglifos de valles y quebradas de otras latitudes como las de Pedernal y Sobrante en Chincolco (Petorca), que parecieran estar en la misma línea de tránsito. Los petroglifos o piedras marcadas como le llaman los tranquillos, parece ser señas o mar- cas de los caminos, no solamente simbologías profundas de una cultura, sino indicios o huellas de un tránsito, o de un puesto milenario que mira todo el valle, todas las alturas, quizás estas marcas no sean tanto un imaginario olvi- dado, como una invitación a mirar el paisaje circundante y encontrar en él intensidades y singularidades, que ayudan a comprender tanto el clima, como el entorno natural (Van Kessel y Salas, 2020). Por lo menos, sorprende que los espacios donde se ubican estas piedras-señas son los mismo espacios que ocupan y transitan los trashumantes hoy en día, mas que una una continuidad cultural, imposible de afirmar, lo que nos invita a pensar este arte pétreo es justamente el lugar de su existencia, la materialidad y la vida con la cual parece estar conectada. Hay piedras que están abigarradamente dibujadas, hay varias marcas que parecen mapas de las mismas quebradas que están en su camino, pero hay otras piedras con una marca mínima, singular, donde ese mínimo gesto pictórico, muy cuidado, parece animar toda la forma pétrea, son enton- ces, marcas que animan la ruta, le dan vida al paisaje y nos invitan a proseguir la huella. El numeroso conjunto de piedras marcadas, quizás cientos de ellas en la zonas cordilleranas habitadas por los trashumantes es un patrimonio valioso que esta comunidad agrícola posee y que se debe estudiar, proteger y poner en valor. Por la altura en que se encuentran se le han atribuido al denominado complejo Molle, cazadores-recolectores de hace 4 mil años antes del presente, que fueron también nómades en estas zonas altas (Vergara et al., 2018).

La comunidad trashumante de Tranquilla en este libro expuesta, no son más de 20 personas y son menos aún las que mantienen sus prácticas de vida y trabajo en la montaña, esta insistencia y resistencia de mantener vigente sus tradiciones, en donde la economía familiar vinculada al ganado caprino es central, merece ser valorada como un patrimonio cultural de la región y a nivel nacional. Durante años se ha trabajado con ellos en estas tareas que involucran al Estado y sus políticas de salvaguardia, esto ha permitido un informe y expediente completo de su actividad y tradiciones, como diversos encuentros vinculados al día del patrimonio que han permitido un conjunto de acciones de visibilización a nivel comunal y provincial, también se ha reconocido a don Fernando Contreras, tranquillano de origen, trashumante, gran vaqueano y tejedor a telar, como Tesoro Humano Vivo, una postulación apoyada por la propia comunidad. También, junto a la comunidad de Tranquilla, producimos un Menú Tradicional con los productos locales y la memoria sobre qué consumían sus generaciones anteriores, como una manera de revalorizar las cocinas locales. Este libro aporta también objetivos de salvaguardia al ser un proyecto financiado por el Fondo del Patrimonio Cultural. Las políticas de patrimonio muchas veces se muestran ajenas a las comunidades, sobre todo en su lenguaje y en algunos alcances, pero creemos que en donde mayor eficacia y aceptación han tenido es en el tema del reconocimiento, el saber y singularización de las prácticas y tradiciones que comienzan a dialogar con estas políticas culturales. El reconocimiento involucra comprender que las comunidades son autónomas y que ellas mismas tienen una gran conciencia de sus autonomías y libertades, es a la vez un auto-reconocimiento. El saber implica que las personas y la comunidades desarrollan un conocimiento profundo de sus propias prácticas y de su entorno, tan moderno como antiguo, tan mágico como adaptado a la economía agraria de mercado, y que además saben transmitir y comunicar, incluso en momentos de transformaciones muy complejas como las vividas en los últimos años, debido a la sequía y a la vida moderna que aleja a las nuevas generaciones a otros destinos. La singularidad, permite entender que en esta comunidad se practica y se trabaja de una manera única, compleja y difícil de reproducir y encontrar en otros lugares.

La vida de montaña, la trashumancia que sostienes los crianceros de Tranquilla es realmente una vida compleja y única, con múltiples dimensiones, donde el paisaje vivo, cultural, arqueológico y natural, define de manera notable el contexto de sus acciones. Son prácticas ecológicas y relacionales profundas, que involucra la vida humana, animal, vegetal y natural a través de múltiples

correspondencias mutuas. El paisaje altoandino—sus cerros, ríos, humedales y flora—se concibe como actor y coautor de las prácticas, permitiendo leer la vida cotidiana como un proceso de aprendizaje mutuo entre humanos y no humanos.

Por las tardes nos concentrábamos en mirar las montañas junto a los crianceros, sobre todo junto a Selim y Marta Olivares, por largos minutos ellos inspeccionaban cada rincón de los altos cerros distinguiendo cada centímetro de su superficie, si habían animales, qué tipo, si algo se movía, si habían guanacos, etc. Su vista era privilegiada y experta, donde un neófito no podía distinguir mucho, ellos veían animarse los volúmenes a pesar de las enormes distancias en que fijaban el ojo. Con la vista dialogan profundamente con el paisaje, y veían el movimiento de todo. Era realmente una sorpresa no-ver lo que ellos veían, y el dialogo era casi un juego de quien veía lo más minúsculo y animado a lo lejos.

También dialogamos mucho, conversaciones diarias y nocturnas acerca de la vida y el conocimiento del ambiente, de la noche, de las estrellas. Historias de familias, de abandono, compañías, accidentes, tormentas, de como las otras posturas se fueron abandonando, del queso y su producción, del cuidado del ganado, de sus nombres, de los caminos que pudiésemos andar, de las borrascas peligrosas, de brujos y encantamientos, de luces que se mueven, del Río Jordán (vía láctea), cómo mirarlo, de la gran minería, del ganado vacuno que tala antes que suban los trashumantes. Todo fue un dialogo enriquecedor y que ahonda el significado de lo qué es vivir en la montaña.

La metodología fue el trabajo de campo, estar en las posturas de la alta cordillera, observar, dialogar, registrar detalladamente los procesos productivos, vivir un poco el día a día, transitar algunos caminos que conectan las distintas posturas, registrar la flora y la fauna existente y sobre todo, ya lo hemos dicho, entender el paisaje no como un mero añadido, un contexto de anécdotas ajenas, sino como un mundo de redes de correspondencias en conjunto a la vida humana. También importante fue comprender la relevancia de la mujer trashumante, y su herencia a las nuevas generaciones.

Las fotos que aquí presentamos, bellas, delicadas e impresionistas, nos ayudan a construir este relato de paisaje vivo, que nos permite entender y ver tanto los detalles como la gran visión de la cordillera y sus valles. El comienzo del relato visual es con un puquial, o puke, una afloración de agua desde la propia tierra en medio de una postura abandona ya, esa imagen casi pictórica y detallis-

ta da paso al paisaje y las distintas escenas de la vida de los trashumantes en sus distintas posturas. Entremedio del relato visual hacemos una pausa para mirar los petroglifos y la flora, pues en ellos hay un lenguaje específico que entender en este recorrido. Se finaliza con una mirada sobre la crianza mutua donde los cuerpos de los humanos y las cabras parecen entrelazarse en un cuidado y entendimiento mutuo.

La cordillera así vista y vivida, no resulta un mundo inhóspito, ni aislado, sino absolutamente hospitalario y conectado entre todos los que allí habitan, donde el ser humano ha surcado sus huellas tanto milenarias como actuales, y transforma su pequeño espacio social y productivo, la postura con su ruco y su corral, en un micromundo sostenible con la alta montaña.



















**¿Qué sería la soledad para usted
acá en la Cordillera de Los Andes?**

No sé qué sería soledad porque yo no la siento...yo no la siento la soledad, porque primero estoy rodeada de hartas cosas. La soledad sería que estuviera en la punta de un cerro donde no tenga agua, como hacer un fuego, donde no tenga un animalito, donde no sienta un pajarito, pero acá hay de todo po. Entonces soledad para mi no existe...

Es como vivir...lo más sagrado lo más grandioso es vivir estas temporadas así. Por eso imagínese a la edad mía (71 años) y estar acá sola... no creo yo que sea...no es de otro mundo pero tampoco cualquiera lo hace po...pero a mi me encanta...

Marta Olivares



















La mujer trashumante

Por Nanette Vergara

La vida de la mujer trashumante en la Cordillera de Los Andes implica estar periodos largos de silencio, en interacción con la naturaleza y los animales de quienes pastoras y pastores son custodios. Estos silencios son espacios para la contemplación, algo un poco olvidado con la agitada actividad de la vida moderna. Sin embargo, en esta visita a las montañas, en los diálogos que se pueden entablar con Marta Olivares, invitando a la reflexión con una mirada puesta en la montaña y otra en sus animales reflexiona respecto a la libertad. Para ella las preguntas son puertas abiertas y desafíos para expresar y hablar con sinceridad.

La interacción con la naturaleza en silencio, llámese animales, árboles, aves y estrellas es descrita para esta mujer trashumante como estar en paz, sin grandes cambios, la simpleza de la vida en la alta Cordillera se remite a jornadas de actividad permanente, donde son los perros los principales compañeros que, siendo buenos custodios de su ama, le apoyan con despachar a las cabras a la montaña después de la extracción de leche para la elaboración del blanco, pulcro y cremoso queso de cabra. La dosis son 10 litros de leche diaria, para cuajar dos kilos de quesos. Una justa dosis para que quede alimento al “chiquero” (cabritos nuevos) para ser amantados y luego partir al área de pastoreo.

Por la tarde estos mismos perros, el piruja, la casandra, entre otros están entrenados para el pastoreo y se encargan de volver con el ganado antes que baje el sol hasta el corral. A diario Marta vigilante observa atenta los movimientos del ganado, desde una visual kilométrica, sabiendo distinguir en esa visual cada piedra, cada monte de las multicolores manchas del pelaje de su piño de cabritas criollas, mestizas adaptadas a las condiciones de Los Andes.

¿Cuántos años que viene a este lugar de la postura de las yeguas ?

Por aquí debo tener uno doce...yo creo que más...la verdad es que no recuerdo exactamente los años...pero creo que son como 15 años a este mismo lugar...anteriormente había ido a otras cordilleras, pero acá hace más o menos esas fechas, esos años...

¿Usted piensa que para las mujeres es más difícil esta vida?

No es más difícil...yo creo que para el hombre es más difícil que para la mujer. Nosotras las mujeres...no es que yo menosprecie a los hombres que no que

no se la pueden... pero el hombre tiene sus limitaciones no es como la mujer. Tienen sus limitaciones aunque digan que no...pero si las tienen, porque ellos no son como para todo el día hacer de todo. La mujer le hace pan, le hace de todo en el día...y el hombre tiene que programarse porque sino no alcanza po. Ellos no son autosuficientes en el buen sentido de la palabra, no es que ellos no se la puedan, es que no nacieron para “hacer todo como la mujer”, les cuesta.

¿Por qué cree usted que hay menos mujeres que van a la cordillera y más hombre solitarios están en esto?

Es que cambió el sistema, cambiaron hartas cosas...el hombre ya no manda a la mujer, ya no la obliga. No la pasa por encima...entonces la mujer si quiere va si quiere no viene po... y si no les gusta...porque hay hartas mujeres que no les gusta...lo hacen obligadas y por necesidad igual. Pero más que nada por obligación, entonces los hombre están obligados a irse a la cordillera poh...

¿En las posturas activas cuántas son mujeres?

Hay muy pocas mujeres para la cordillera ahora. Antiguamente eran más mujeres. Cuando iban mi mamá, por ejemplo, con mi mamá, eran más mujeres. A los niños tampoco los obligan a llevarlos. Entonces no...yo sé que para la cordillera mismo para la Argentina van como tres mujeres no más de este sector. Los demás son puros varones...si...Y antes no, pasaban hartas mujeres, llevaban guagüitas, chiquititas y hartos niños chicos...iban para la cordillera, ahora no tanto. Bueno también pudo haber sido por los cambios que hay, también pudo haber sido por esa vez que hubo ese nevazón grande que murieron guagüitas, murieron niños chicos, a lo mejor...por eso también dejaron de llevar tanto niño para la cordillera, porque antes los niñitos...eh se iba la familia completa.

Nosotros los primero años aquí...ahora me recordé...de un detalle. Mi nieta la hija mayor del Víctor vino a aprender a caminar aquí, ella tiene 17 años, ella caminó a los nueve meses. La echábamos adentro del cajón de los quesos para que caminara, para que se afirmara ella y aquí aprendió a caminar. Hace 17 años que estoy viniendo a esta postura yo...ahora me acordé de repente así por los niños chicos. Porque nosotros a todos ellos los trajimos guagüitas para acá po...





















Posturas Notas de campo

Por Milagros Abalo

Postura Las Yeguas. En medio de la nada o del todo más bien, se ve una tienda de piedra y nylon a orillas de una vertiente donde el agua tiene un sabor indescritiblemente puro, como en el primer día de la Creación. Tomarla tiene que ver más con una sensación en los pulmones que en la boca-garganta, como si a cada sorbo se llenaran de aire. Es un agua tan pura que sientes que te limpia la sangre. Aquí en las veranadas donde se hace queso de cabra, las crianceras y crianceros se arriman a la sombra de los maitenes para sortear el sol. Y bajo su sombra fue que nos recibió Marta, una mujer tan fuerte como delicada, con los surcos del trabajo marcados en la piel. La bienvenida fue sin preguntas, ofreciéndonos un mate e indicándonos el lugar donde poner las carpas. La casandra, el piruja, el roki... al principio pensé que hablaba de sus hijos o familiares por el lugar de importancia y cariño que les daba al nombrarlos, luego entendí que se trataba de los perros que moviendo la cola se acercaban al llegar del afuerino y acompañaban a su dueña a todos lados y pastoreaban a las 70 cabras cuando salían a ramonear cordillera arriba. Las cuidan del puma y ante cualquier movimiento inusual, ladran y ladran. *¿No oyes ladrar a los perros?*, dice Marta a su esposo.

A cada cabra le tiene un nombre y puede reconocerla a lo lejos. Si una no regresa surge la alerta que pone en movimiento hasta dar con ella. En ocasiones llegan a su corral cabras perdidas de otros crianceros.

Se les llama posturas a los lugares donde quedarse en las veranadas: un espacio destinado para levantar la casa nómada. Se reparten de manera democrática, previo acuerdo entre los comuneros del sector de Tranquilla. Si alguien no va, en un trueque o negociación cede su ganado de cabras a otro para que vaya.

Marta ordeña las cabras a primera hora de la mañana, les habla, les pregunta cómo durmieron, cómo están. Dicen que la extracción de leche lo ideal es que la haga una mujer por su delicadeza de manos, así las ubres no se malogran. Luego de la ordeña, es el turno de las crías con sus madres. Marta se lleva la leche, la corta de cuajo con la tripa o *lonco* y comienza a elaborar el queso de cabra. Con un blanco tuto va filtrando. Queso de alta pureza con sabor a yerbas. La limpieza y precisión en toda la faena son exigentes. Si bien hay muchos hombres crianceros, es un mundo predominantemente femenino el de las cabras, son las abuelas y madres quienes transmiten la enseñanza y los secretos para la elaboración del queso.

Postura Aletón de Las Yeguas. La presencia de las hijas de Milena en esta postura marcó la evidencia de algo central: la familia transmitiendo y heredando en su quehacer un conocimiento antiguo. La hija mayor sabía trenzar un cordel a cuatro hebras y a primera hora ordeñaba la leche, la del medio había domesticado una cabra a la que llamaba Lupe y dormía siesta en la carpa y se sentaba en la mesa a desayunar. Hasta un moño le ponían entre sus largas orejas. La menor le limpiaba los ojos a las cabras que tenían conjuntivitis. Me enseñaron que hay algunas a las que no les salen cachos y les llaman cabras rumba. Me dieron el charqui más exquisito que haya probado, y su queso fino. Me enseñaron un mundo de niñas y cabras trenzado a dos, a cuatro pies y manos.

Postura La Boca de la Yareta. En la postura de Selim conviven tres hombres con sus animales, horarios, comidas y distribución de labores. Ver las manos de los hombres moldeando el queso como se esculpe la blanca arcilla, es asistir al despliegue de un gran arte. Su habla está hecha de sonidos, como si hubiese llegado a la síntesis perfecta entre sentido y sonido: el hito donde nace la palabra. Cada vez que hablaba se levantaba un viento, quizás porque sus palabras estaban hechas de él. Dicen que a Selim otro brujo le quitó el don, vivir con la resignación de un don arrebatado no debe ser fácil, sobre todo en este mundo. Aun así, sus ojos mantenían un brillo especial, parecido al de la infancia. Sentado a la sombra del maitén no despegaba la vista de la montaña, algunas de sus cabras no habían vuelto y el puma andaba por las quebradas.

Postura Las Mesas. Recordé a Atahualpa, su guitarra, su voz, quizás porque estábamos en una estepa fronteriza con Argentina sonaba en mi cabeza “El arriero va”; y es que iba el arriero por la montaña cruzando de un cerro a otro como si cruzara de una calle a otra, bajo el pesado vuelo del cóndor, en busca de sus cabras perdidas y del puma que había hecho que se perdieran. Fuerte, decidido, arriba del caballo —a lo gaucho— era una imagen preciosa. El caballo es un aliado esencial en este mundo: custodio y mano derecha. Esta *postura* parecía una escenografía no sé si del pasado más remoto o de un futuro al que llegaremos si el mundo persiste en su hostilidad y daño. Entonces será mejor irse a la punta del cerro y repartir en la tierra coloridos cardenales; como los dos hombres que aquí producían queso de cabra en cantidades más grandes y se levantan a las cuatro y media de la mañana, sin parar hasta las nueve de la noche. Funcionaban a todo vapor, de hecho nuestra presencia fue una interrupción en su ritmo sin tregua, aunque la hospitalidad de una sandía con cuchillo clavado en el centro de la mesa siempre estuvo dispuesta, pero tenían que encontrar a las cabras antes del puma y de la noche cerrada como puño.

Montaña Mujer. Mientras canta el tiuque, Marta le arranca una pausa a la faena, y se sienta en las tardes a mirar con su largavista la montaña, pero en realidad esto también es parte del trabajo, tratar de avistar esperando que algo se mueva allá lejos cuando nada parece hacerlo. Luego entendí que la mirada a la montaña es en parte una necesidad, en parte una obsesión, cualquier avistamiento de lo vivo en la montaña que parece tan quieta, tan muda, tan Ella, constituye una satisfacción mayor, casi una revelación. Hasta no ver que algo se mueve no se descansa de mirar, se vuelve así al acto primero del ser humano: ver con todos los sentidos. Y ese mirar en algún momento te devuelve, como una recompensa al no abandono de la mirada, la sorpresa de ver algo: una cabra perdida, un zorro, una oveja, al puma. La montaña es una presencia y se abre a los sentidos de manera tridimensional. Una vez Marta dijo que vio a tantos guanacos que la montaña se movía. Ven lo que los no acostumbrados a ver, no vemos, o no todavía. La costumbre aguza la mirada y en cada avistamiento se va perfeccionando la vista, que termina viendo bajo las piedras. Es la manera de conocer, de hacerse parte de la montaña. La montaña es mujer y hay mujeres que fueron montañas y criaron a tanto hijo a punta de queso de cabra, solas como montaña.

La Hospitalidad. Como el perdón, la hospitalidad es gratuita, no espera nada a cambio. Recibe sin preguntas, como la bienvenida de Marta, con su fuego encendido para calentar la tetera o su roja brasa para tostar el pan. El fuego es el elemento de la hospitalidad, en todas las posturas siempre estuvo encendido. Tan humildes y generosas fueron sus mesas, tan dignas, tanto que aprender de estas mesas siempre puestas y dispuestas a recibir, compartir el pan y un mate con romerillo, porque alrededor del fuego siempre hay un espacio para quien llega, y se conversa, se hace memoria: la hospitalidad pasa también por las palabras.

Y alrededor del fuego nos despedimos de Marta haciendo requesón con el suero de la leche de cabra. En un balde comenzó a amasar una especie de crema grumosa, dejándole caer chorritos de agua. Hace tiempo no veía algo tan blanco, parecía crema Nivea. Sus manos fuertes y delicadas fueron haciendo de la crema, mantequilla, de la mantequilla otra crema, y de la nueva crema una nieve suave y tierna, tibia, que mezclada con miel es un postre de alta gastronomía. Arriba en la cordillera, en un verano en las tierras del Choapa, Marta hizo nieve y con sus manos transformó la materia en algo puramente luminoso.



























Los senderos de las cabras en la alta cordillera

Por Nanette Vergara

El brillo de los ojos silenciosos de los crianceros refleja en parte la misteriosa práctica de fabricar el queso, sorteando los riesgos de las frías montañas cordilleranas. Cada nuevo ciclo de sacrificio implica darse entero a las condiciones del ambiente para la producción del queso apetitoso en las mesas. La trashumancia cordillerana en las veranadas recorre senderos que únicamente pueden ser conocidos por las familias de crianceros y vaqueros, pequeñas sendas (huellas) en las cuales trasmigra el ganado y sus pastores, muchas veces estas sendas se comunican con el “camino del Inca”. Estas rutas son características de los faldeos cordilleranos de la cuarta región, son rutas alternativas a los caminos comúnmente transitados por personas y vehículos, cada sendero conduce a una “postura de arriero”, lugar de asentamiento conocido dentro de la iconografía de los crianceros por sus nombres particulares y en donde son depositadas las majadas de animales. Las posturas por lo general se encuentran cercanas a sitios de pasto y agua, allí se instalan los campamentos de los crianceros, siendo esto posible gracias a la ayuda de mulas y machos que transportan las cargas más pesadas y tienen facilidad de caminar con sus pezuñas por los bordes empinados y resbaladizos de las huellas cordilleranas. En esas cargas transportan comida, ropa de abrigo, gas, toldos plásticos, malla rachel, etc., en cajones de madera que en la posterioridad permiten el transporte del queso.

Los campamentos son adaptaciones a las condiciones que les son dadas, se caracterizan por su rudimentaria composición en base a techos de plásticos que han logrado transportar en las mulas, permitiendo en parte la mitigación del frío de la cordillera. Por lo general “los rucos” como nombran a estos campamentos se ubican en las paredes de las rocas montañosas, o círculos de piedra, si se da el caso cubren el techo con “champa de vega”, pasto que se instala

con las raíces al cielo sobre maderos del lugar, este techo los protege de la lluvia y en ocasiones de la nieve cordillerana. En el mismo sector destinan un espacio para la fabricación del queso el cual aíslan con malla rachel (plástica), a un costado sitúan los cueros de corderos, que junto a un par de frazadas conforman las camas dispuestas para la campaña que dura en promedio 3 a 4 meses de verano. En la actualidad algunos grupos de arrieros minoritarios, han incorporado las carpas de campaña para palear en parte los fríos cordilleranos.

En algunos casos se construyen una especie de muebles rudimentarios consistente en cuatro palos de un arbusto que denominan “hilén” o “lun” que comúnmente crece en la cordillera cruzados por pequeños palos laterales. Cumpliendo dos funciones, ser una cama improvisada “encatrados cordilleranos” y como segunda función los encatrados sirven para poner los quesos a orear.

La práctica trashumante de las familias de cabreros responde a una necesidad adaptativa de los sectores del norte chico, Valle Verde para algunos autores. El marcado contraste cultural de los habitantes del secano a partir del escaso acceso a la tierra y el agua es significativo, las personas que habitan bajo la cota del canal viven de la pequeña agricultura, con una seguridad de riego que les permite mantener sus procesos productivos sin mayor complejidad, fuera de los que condiciona el propio mercado. En cambio, las personas que habitan sobre la cota del canal a lo largo del valle, sector conocido como de secano, dedicadas principalmente a la pequeña producción caprina y con un escaso acceso a los recursos hídricos, deben ajustarse a las condiciones ambientales extremas, alternando la relación de la naturaleza y la cultura en precisa condición de sobrevivencia. En veranadas “se lleva el ganado a la cordillera a pastar el ganado”, en las invernadas “los crianceros arriendan sectores con parrones para alimentar el ganado”.

La trashumancia permite además una mejora en la calidad de los quesos, las hierbas, arbustos que crecen en las cordilleras son especies únicas muchas de ellas medicinales.

Largas caminatas por senderos angostos “el camino de las cabras” rumbo a la cordillera, obligan a los trashumantes a detenerse en campamentos temporales, en ocasiones llegar a los territorios destinados al pastoreo, posturas tardan 3 días o más de camino sobre los mulares. Por cada descanso un fuego para “choca” el agua del mate y el queso a las brasas, allí las historias, mitos y leyendas forman parte de la construcción cosmovisionaria de las familias en un traspaso generacional de su práctica identitaria a orillas del fogón.

Extracto del libro *Metáfora en Los Andes: Trashumancia y resistencia cultural en el Valle del Choapa*, (2016). Editorial Quimantú.





























Un día en El Aletón de la Yareta

Notas de Campo 2018

Por Nanette Vergara

Es a partir de la quincena del mes de diciembre aproximadamente de cada año, la época en que las *comunidades de tierras* autorizan a los trashumantes y su ganado a ingresar a las veranadas en la alta cordillera. El traslado se produce desde el último punto accesible en vehículos los cuales trasladan el ganado y mulares es el tranque el Almendrillo. Allí se parte en mulares en un tramo considerable por senderos pedregosos por 3 horas hasta la postura “El Aletón de la Llaretá”. Los mulares van cargados con todo el campamento y alimentos que requerirán por cuatro meses que es el tiempo que dura la veranada. El caso de esta postura es relevante desde el punto de vista del trabajo colectivo que allí se realiza. Este año, son siete trashumantes los que hacen ocupación de la postura, cuatro hombres y tres mujeres. Cinco de ellos son adultos mayores, los otros dos una mujer y un hombre tienen 33 y 35 años respectivamente. Todos domiciliados en la localidad de Tranquilla.

Las personas que ocupan de forma colectiva esta postura en sólo dos casos son familiares, el resto son vecinos de la misma localidad, los que tienen en común es que portan apellidos indígena-mapuches: Lemus, Cadiu, Pallante, Yanca.

El campamento “El Aletón de la Yareta” se ubica al borde de una quebrada, específicamente, bajo una pared de piedra la que sirve de apoyo al campamento, junto a un riachuelo de agua permanente. En el lugar se ubica el espacio común de producción de quesos y en forma contigua el espacio de dormitorio. El techo del campamento está cubierto por geomembrana, un material de polietileno con el que se recubren los tranques de acopio de agua en el sector agrícola. Las paredes son de piedra. A unos 10 metros del lugar se ubica el corral de cabras.

La jornada laboral comienza a las 6 a.m. cada día, proceden a levantar los colchones donde duermen uno al lado de otro. Lo primero que realizan es la recolección de leche en el corral, donde cada dueño del ganado identifica a su animal por una señal o corte en la oreja de las cabras, o pintura que distingue un ganado de otro. Son alrededor de 1000 cabras las reunidas en el mismo corral a las que debe cada dueño o encargado de ganado ajeno extraerle la leche. Agachados, en cuclillas, les toma la pata izquierda a la cabra y comienzan a extraer de las ubres la leche, la que van depositando en balde metálicos de aluminio 5 litros. Una vez lleno se van vaciando en fondos de aluminio de 50 litros. La extracción de leche es una actividad ininterrumpida hasta alrededor de las 8 a.m. cuando llenan los 6 fondos de aluminio y dos balde plásticos también de 50 litros de leche. Luego se procede a colar la leche con coladores de género de algodón los que detienen todo elemento extraño a la leche. Cada

criancero le aplica cuajo sintético a los fondos de leche ya colada, en dosis proporcionales que cada cultor conoce de forma intuitiva. Recubren el fondo con la tapa y recién entonces toman desayuno, mientras el cuajo separa la leche coagulada del suero.

Alrededor de las 9 a.m. una vez tomado el desayuno cada uno toma el fondo de leche que recolectó y comienza a juntar con las manos limpias la leche coagulada. Cada uno se ubica en el reducido espacio que eligió para comenzar a elaborar sus quesos.

En dichos lugares tienen unas maderas con bordes llamadas “maderas que-seras”, donde van depositando en moldes de madera o de PVC, redondos o cuadrados, cubierto por una tela de algodón limpia, la masa de queso, es decir, que en el proceso de presión de queso no se ocupan las manos directamente sino intermediada por la tela de algodón. Esta masa se va presionando con las manos para extraer todo el suero que sobra al queso que se está elaborando, la actividad de extraer el suero del queso dura en promedio media hora por queso, es una actividad paciente y tranquila. En total por fondo elaboran siete quesos los que tienen un peso relativo de uno a dos kg.

El grupo humano de forma estandarizada eligen elaborar quesos de tamaño reducido en su peso para hacer más efectiva y rápida su venta. Los quesos son rotulados con el código de autor y son depositados en un sector alto del campamento dispuesto con una tabla que sirven para madurar los quesos que, días más tardes, son bajados en mulares, los que soportan una carga de 160 kilos para su venta a la localidad de Tranquilla, esto ocurre cada 15 a 20 días, dependiendo de las condiciones ambientales del momento, bajan en promedio dos veces por mes con la producción de queso para su venta directa al consumidor, sin intermediarios. Una vez terminada la faena de quesos, la que concluye alrededor de las 13:00 horas, en el corral se procede a separar las cabras lecheras de sus crías que quedan encerradas y sus madres se dejan a libre pastoreo para alimentarse de pastos endémicos y agua pura hasta cerca de las 16:00 horas, que es cuando deben subir por las quebradas para arrear las cabras que regresen al corral. En el intertanto algunos trashumantes descansan, preparan el almuerzo, dejan los utensilios lavados para la jornada del siguiente día.

Alrededor de las 19:00 horas las cabras nuevamente están en el corral y se juntan con sus crías para amamantarlas, mientras los cultores toman onces (mate con queso de cabra asado). Posteriormente se separan las cabras de las

crías dentro del corral y a eso de las 21:00 horas ya están todos los crianceros dormidos hasta el otro día. Es interesante recalcar la forma regulada en que se respetan horarios, espacios dentro del proceso de producción, de forma disciplinada en un contexto comunitario de producción, cuidando las condiciones de higiene que permiten elaborar de forma tradicional el apreciado queso cordillerano.

*Extracto del informe Informe Final expediente del Patrimonio Cultural Inmaterial: Trashumantes de la comuna de Salamanca, Región de Coquimbo. Folio: 2017_005. Autores: Nanette Vergara A./ Luis Salinas Ch./ Arturo Mujica C./ Nicolás Schneider E.













Escrituras Pétreas: señas

Por Nanette Vergara

El Ande tiene protagonistas que susurran silbidos del viento que traspasan las grietas en la roca al caminar. Estas se encuentran en senderos que responden a pasos cordilleranos utilizados en épocas prehispánicas para identificar los caminos. Es el devenir de una cultura que supo andar a pasos silenciosos de un valle transversal a otro.

La evidencia científica señala que en esta latitud, un petroglifo es la imagen pétrea en una roca de andesita raspada por una mano creadora en el esmero de perpetuar su experiencia contemplativa o expansiva de conciencia, por medio del acto de fricción, desgaste o picoteo de una piedra afilada contra un soporte pedrusco. Así se inscribió dibujos alusivos a máscaras chamánicas, antropomorfo, fitomorfo, zoomorfo, etc. Esas piedras hoy la identifican los trashumantes como meras señas en la roca por donde caminar.

Las señas son la avanzada cultural de otros que dejan su rastro para quienes les sucedieron. Estos escritos son lenguajes categorizados en tipologías de acuerdo con un contexto situado de quien el tiempo olvidó y que hoy en un espacio atemporal podemos interpretar imaginando cuál fue el impulso que motivó a la expresión humana-artística en la roca. ¿Son acaso autoimágenes de un lejano ritual que cubre el rostro con máscaras retratándose a si mismos en su obra pétrea? ¿O la potencia de una marca humana para animar la piedra, y esta sea más humana, y lo humano más piedra? El mensaje se lee en su contexto, en la roca y esta señala la senda en que transitan trashumantes a través laderas y bardas altoandinas.

Las capas de temporalidad utilizadas por culturas del alfarero temprano (Pavlovic, 2004; Méndez, 2009; Troncoso, 2012), evidencian que las escrituras pétreas inscritas en la roca de altura en esta zona pudieron ser elaboradas por el denominado complejo cultural Molle, los que presentaron una alta movilidad al ser cazadores-recolectores (Castelletti, 2008). En las alturas hubo nomadismo, era parte de su cultura desde hace 4.000 años antes del presente.

Las condiciones climáticas extremas en la alta cordillera estaban presentes entonces, incluso con mayor rigor para la habitabilidad temporal humana y lo están presente también hoy.

En el siglo XXI los motivos pétreos identificados, cercano a los asentamientos humanos temporales de trashumantes, las posturas, señalan pasos en la quebrada del río Jorquera, hacia Otero en dirección noreste perpendicular a la postura “La Boca de Yareta”, quebrada que te interioriza hasta la postura “el Aletón de la Yareta” hacia el sector de Chalaco y el Sobrante en dirección suroeste. Todo el espacio inscrito con dibujos en la roca es hoy utilizado por trashumantes, los que marcan un mismo camino de ocupación espacial de alta movilidad humana tras el pastoreo de animales.

Estos caminos son previos a la ruta del Qhapaq Ñan, un probable preámbulo de conexión andina, no siendo meras señas en lo inhóspito de las montañas, son el mensaje inmóvil de una cultura en tránsito que en el lenguaje más humano de expresión artística deja rastros para señalar el camino, la continuidad del “por aquí se anduvo”, la vuelta del tiempo hacia los otros en el presente.

Los senderos trashumantes son callecitas de tierra de paso lineal, uno tras de otro. Por un lado, puede haber un acantilado por el otro una ladera de montaña. No caben dos caminando juntos, sólo es posible ir uno tras de otro. Un animal/humano a la vez, una línea trazada en el espacio andino de la quietud atenta de quien experimenta con todos sus sentidos el caminar. Trashumantes vigilantes de sus propios pasos, se hace necesario observar el adelante, el atrás, el sonido del viento, el rugido del trueno, la forma de la nube, el estado de la carga al andar. Sitúan la mirada a kilómetros, alertando los sentidos, atentos al ritmo cardíaco del saber-hacer y decidir en el saber-andar.

Ascender es divino, descender también después de la larga jornada experimentada en 6 meses en medio de la naturaleza andina, bajan con las cargas llenas de queso. Volver al pueblo, a casa, es siempre vivir con la nostalgia de que pronto se puede regresar a la alta montaña y saber que tienes permiso temporal de habitar en el Ande.













**De medicinas y otras
hierbas del paisaje
cultural trashumante**

Por Nanette Vergara

Una virtud humana primordial es la observación. Es la primigenia acción para interactuar con el espacio afectivo, social y cultural. Quienes hacen ocupación de los paisajes andinos deben conocer y reconocer el espacio habitado del cual dependen productivamente y a su vez mantener la salud. La naturaleza entonces se transforma en el botiquín disponible para aliviar patologías que afecten la forma de vida de las y los caminantes.

Desde épocas inconmensurables hay una transmisión de la memoria del espacio habitado para conocer las propiedades de las hierbas andinas, junto con reconocer aquellas plantas leñosas, arbustivas, que crecen en sobre los 2.000 m.s.n.m. que son alimentos preferidos para los rumiantes, proporcionando una mejor calidad de la leche. Este conocimiento observado desde el comportamiento animal caprino ante aquello que le otorga un ramoneo eficaz les posibilita identificar plantas virtuosas de las venenosas que no poseen ventajas para lo humano.

Tiempo al tiempo para las y los pastores caprinos el libro de saberes se abre en el ascenso cordillerano, por ojos que observan el territorio haciendo lecturas del paisaje tal como si se mirasen las palmas de las manos.

En esta virtuosa capacidad humana de indagación se van compilando saberes que constituyen un acervo cultural de magnífica relevancia. Hombres y Mujeres son responsables de ir tras sus animales, vigilar la presencia de depredadores naturales e ir acompañando en este peregrinar a sus cabritas, reconociendo lo intangible de los aromas, lo tangible de las formas, texturas y colores que conforman el espacio andino.

Cada planta que brota una vez pasadas la época invernal va conformando vegas y bofedales verdaderos oasis andinos de vegetación arbustiva.

En espacios de especial permanencia húmeda emergen de forma circular montículos verdes de lento crecimiento como es la Yareta (nombre científico *azorella compacta*, de suave textura y verde intenso que se confunde con las rocas, aunque su tonalidad la hace inconfundible al paisaje cordillerano. En muy pequeñas dosis nos relatan trashumantes andinos que puede ayudar a las personas diabéticas a reducir los efectos de esta enfermedad crónica en el organismo.

Este botiquín de la naturaleza permite acceder a la medicina al alcance de todos y todas. Siendo únicamente los y las trashumantes los conocedores de sus aplicaciones. Aquí algunas referencias:

Usos medicinales altoandinos:

Romerillo de cordillera para acompañar el té o mate. Sirve para votar el hielo, frío del cuerpo.

Retamilla amarga: Sirve para lo cólicos o cuando se está hinchado. Es muy amarga como el natre. Se saca las hojitas en agua caliente y se deja reposar para luego beber.

Palo tola: utilizado para el hielo o enfriamiento del cuerpo.

La nacional: se toma tal como tomar té

Sanguinaria: útil para la sangre

Oreganillo con flor blanca: se toma tal como tomar té.

Té de Burro: a más altura es con una flor rosa, se toma con agua caliente como el té.

Huingán: para el dolor de estómago. También se les da a las cabras para que voten la placenta junto al quilo, la yerba mate un poco de aceite, se mezcla y se les da después del parto.

Según el relato de una cultora es utilizado machacado con saliva para aliviar las cabras cuando se clavan los ojos con espinas.

Verbena Blanca, clavel blanco, cardenal blanco y flor del aroma: Todo junto era usada en infusión para la hepatitis.

La mollaca: es un arbusto con el que se hacía chicha. Se recolectaba cuando le salían los frutos maduros. Se sacudían las ramas para obtener el fruto. Este se exprimía con las manos y se hacía jugo. Las familias las cosechaban en el verano, la secaban y guardaban para después en el invierno ser dorada en el sartén con harina de pan y se servía: “El quilo (mollaca) se da en cualquier parte del campo, ahora con los periodos de sequía el fruto no cuaja, entonces no se logran los frutos maduros”.

El paisaje cultural es revelado en medio de una tarde de mates y conversas, mientras el manto de colores del atardecer es dibujado en el firmamento altoandino. Las conversaciones de la vida trashumante, nos indican que los cerros son los relojes naturales que van marcando las horas con los rayos del sol.

Frente a la postura “las yeguas” mirando hacia el norte se asoma el cerro la Tolhuana, donde se muestra “un solar de altura casi siempre habitado por guanacos”.

Los esteros altoandinos, donde fluyen las primeras aguas frescas y cristalinas como vertientes del Choapa, son llamados “El potrero del medio” y “las yeguas” las que unidas al río “Jorquera”, van regando el valle río abajo alimentando “la laguna la matanza”, allí las aguas acumuladas permiten regar por el sistema de distribución de canales la agricultura familiar campesina de la localidad de Batuco y Tranquilla.

Los cerros de la postura “el aletón de yareta” por su parte, son cerros asentaditos donde la nieve se mantiene, por lo que siempre hay agua corriendo. En el lado de Chalaco en cambio, los cerros son más abiertos, la nieve no se mantiene y esta es derretida por el sol directo.

Recetar hierbas en la cordillera es sólo para las y los sabedores del caminar andino. Algunas plantas no son beneficiosas y podrían causar envenenamiento. Por lo tanto no cualquiera conoce el recetario cordillerano. Hay que saber andar en los campos y conocer sus virtudes. Así también estar atentos a los designios climáticos ante las decisiones en el caminar andino:

“Cuando hay tormenta en la montaña la neblina no te deja volver, no se ve dónde va el cerro. Queda esperar que pase para retomar el camino”.















Crianza mutua

**Por Nanette Vergara y
Daniel González**

Para quienes llegamos como afuerinos, de a poco el ritmo de la naturaleza fue marcando el pulso de nuestras acciones. El reloj es un cerro, o una sombra en tal posición, o el movimiento mismo de las cabras, saliendo del corral, alejándose, volviendo y entrando, todo a cierta hora del día. No hay máquinas que marquen los minutos, sino un flujo de vidas que hay que saber leer para entender el tiempo y el espacio de esas existencias cordilleranas.

Creemos estar en el centro de algo, de la cordillera, del corral, de los caminos, pero en verdad todo gira como múltiples cosmos entrelazándose. Basta moverse para ir cambiando de perspectiva y volver a entender el entorno y sus vidas de otra forma.

Una niña nos recibe el primer día en la postura de las Yeguas, es la nieta de la señora Marta, Anaís, sus palabras y pensamientos fluyen como el río en su entorno, no se detiene y nos sentamos a escucharla. Habla de “muñeca” una cabrita pequeña recién nacida en esta última temporada que está con una discapacidad visual, nos habla de la magia que tiene ella para encontrar a su madre en medio del rebaño, sin ver, la compara con el respeto que los humanos tienen que tener a su semejantes aunque sean distintos, con la vida en la escuela y las dificultades de aprender. Su pensamiento de niña fluyen entre los humanos y su querida “muñeca”, que abraza con ternura grande. Días después nos damos cuenta que en el amanecer la “muñeca” es la primera en poder salir de su corral a buscar a su madre, con este gesto, la señora Marta, quien la deja salir en primer lugar, la cuida con mayor atención para que se alimente bien a pesar de su ceguera. Es un cuidado que se transmite de la abuela a la nieta.

En el corral todo el rebaño está identificado, todas las cabras tienen nombre, o casi todas, nombrar es hacerlas familiar, lograr una cercanía. A la cabras se las nombra, se les habla, se les susurra, se les tranquiliza, se les cuida, hay una atención total sobre ellas, incluso si se encuentran lejos, se les espera y se las va a buscar si no llegan, todas estas acciones entre humanos y cabras son prácticas cotidianas, repetidas, insistentes y son acciones de involucramiento entre especies, aquí debemos sumar a los perros que ayudan en todo trabajo y están siempre al lado de los humanos, o de las cabras, y de los caballos y mulares, compañeros de caminos y cargas. También están las yerbas del monte que las cabras buscan en las lejas y las aguas que corren y que alimentan a todo ser vivo. Criar es habitar un espacio, un territorio vivo, por momentos inmenso, la montaña, por otro, pequeño, el corral.

Criar es estar conectado al flujo constante de la energía vital de los seres y a los elementos de un cosmos, donde naturaleza y cultura se entrelazan. En donde los animales también nos crían a los humanos, donde la búsqueda de afluentes prístinos de aguas también es una guía de asentamiento, y que en muchas ocasiones se acercan a los vestigios prehispánicos de las piedras marcadas, situación que nos señala que este tipo de vida y conexiones vienen de culturas lejanas, pero que habitaron el sector, quizás buscando lo mismo que hoy, “la historia es el proceso en el cual humanos y no humanos están continuamente impulsándose mutuamente a ser”, recuerda Ingold. Y es una historia que la humanidad occidental, industrializada, ha olvidado por mucho tiempo y que últimamente urgidos por las crisis ecológicas han vuelto a comprender y reafirmar. Trabajar con cabras, no sería entonces domesticar, palabra que implica una dominación de la naturaleza, pensamiento centrado en el desarrollo y el control, con acciones predecibles, uniformes, de sentido único. Sino criar, estos es, establecer una relación constante de cuidados y reciprocidades entre los seres involucrados. “Ser criador y criadora implica a la vez un flujo de fuerzas y energía de vida, en la que participan los seres humanos, plantas, animales, astros, agua, territorios e incluye a los sitios arqueológicos que renuevan los pactos que acompañan esta convivencia desde la antigüedad.” (Alvarez:2022).

La crianza implica, entonces, conversación, diálogo, entendimiento, pactos, negociaciones, reciprocidades, intercambios y acuerdos entre entes humanos y no humanos. (Lema:2013).

Al conversar con los crianceros, y se conversó bastante, fuimos deshilvanando los mundos, los terrenales y los mágicos, la vida individual y la del grupo humano de Tranquilla, fuimos conociendo a las cabras, a los chivos, hablamos de las distancias, de las estrellas, de los lugares conectados, de la naturaleza más salvaje como el puma, el zorro y el cóndor, de la economía, de la pobreza y de los esfuerzos de cada uno por vivir en medio de la cordillera.

Los crianceros de Tranquilla son, en su mayoría, personas de avanzada edad, sobre los 50 años. Algunos de ellos han fallecido, como es el caso de Don Vicente Maldonado quien, en la crianza a sus hijas y nietas, supo transmitir el sentimiento de reciprocidad con los animales. En la postura cercana a las Yeguas, a unos 600 metros hace ocupación temporal en los veranos Milena Maldonado, hija de Don Vicente, en la postura “La Bajada de los Puques” quien junto a su esposo Victor y sus hijas Victoria, Josefa, Valentina y su hijo Julián, se traslada cada año a conectar con la naturaleza en el cuidado recíproco con las cabritas. Victoria la mayor de las hijas de Milena, se entretiene tejiendo un

cordel de pita reciclada de 8 y 12 cuerdas, una materialidad que actualiza la técnica en las nuevas generaciones, de la materialidad original de talabartería en que se tejía en hebras de cuero de vaca. A Victoria no sólo le interesa entrelazar hilos, estudia agronomía en el valle continuo de Los Andes, ella está convencida que esta forma de vida, con un poco de instrucción académica le permitiría continuar en armonía con la naturaleza.

Esta interacción amorosa de esta familia se ve reflejada en el vínculo que establecen con Lupe, la cabrita huérfana regalona quien está siempre junto a las niñas, en una crianza mutua, donde ella participa de la vida cotidiana con especial cercanía, tomando tecito en taza, durmiendo la siesta en el espacio de descanso común humano. Lupe se sabe cabrita y también se sabe persona, integrante de la familia, y querida por los cuidados y atenciones que hacen las niñas de ella, adornando sus largas orejas con peinados y otras interacciones que son dadas en marcos afectivos de vínculos de hermosa correspondencia.

Milena sabe preparar el charqui de cabra machacado, una delicia cordillerana, quien al degustar el sabor en la boca, al cerrar los ojos te traslada en el tiempo con su sabor a imaginar las caravanas de trashumantes que alguna vez movilizaron hacia la costa charqui cordillerano secado con sal al ambiente para intercambiar con productos con comunidades costeras. El encuentro con la naturaleza cada verano es, para Milena y su familia, un reinicio de la memoria, un volver a conectar con su propia infancia y las múltiples enseñanzas amorosas recibidas por su padre, las que ahora con su propia crianza de animales trasvasija a su descendencia.

En el mundo andino de estos sectores, al menos dos generaciones anteriores a esta, eran las niñeces las que pastoreaban las cabras, la madre naturaleza les crió con el rigor de los caminos, el frío andino, la capacidad de asombro permanente por las estrellas luminosas en el firmamento, por los colores y sombras de los cerros, a estar alerta y atentos al cuidado del otro, la otra. Aprender a vivir se hace en la crianza mutua por medio de la experiencia en este grupo humano, es una práctica que se vive en cada paso, no siendo posible caminar en otros zapatos que no sean los propios. Son expertos en habitar las montañas y sobrevivir desde su profundo saber mutuo.

Durante casi toda una vida Selim Olivares y sus hermanas llevaban sus animales a la postura cercana al río Leiva, unos kilómetros más al norte de las cordilleras de Tranquilla. Con los años Selim, continuó de forma solitaria trasladándose a ese asentamiento temporal en ese lado de las montañas. Por su

avanzada edad, hoy prefiere caminar junto a compañeros Jaime Yanca y el hacedor de pancito de lluvia, llamado así porque la masa no logra subir, un pan más plano. En este tiempo se asientan en el sector de la postura llamada “La Boca de La Yareta” donde pastorean sus animales en los senderos altoandinos durante los veranos.

En esta vida andina, andar y mirar la montaña es implicarse con ella, pues ambas prácticas parecen animar el paisaje, querer buscar una vida en el horizonte de las lejanías, esperar que la vista anime el paisaje, o ver en el paisaje no algo detenido, ajeno, sino propio, identificado. Donde los ojos afuerinos y novatos no veían, los ojos de los tranquilanos veían vida, movimientos, plantas, árboles, colores. Largos momentos del día se dedican a mirar, a observar todo el paisaje como si siempre hubiera algo nuevo y vivo.

Cada camino de la montaña parece inmenso, interminable, viajan a otros espacios, cruzan fronteras, cruzan regiones, Selim los conoce todos, su seguridad al andar sobre su animal es la de un rastreador, quizás de un cazador, de un habitante conocedor de estos lugares, que son realmente inmensos, pero que, con su mirada, su risa y su saber, y sus palabras, los transforman en un lugares familiares. Cada camino de montaña, junto a Selim, son minúsculas huellas, que permiten identificar la grandeza y las dificultades como cercanas y familiares. Selim es una persona que parece habitar dos mundos, el tangible y el intangible, el del trabajo y el de la magia con sus historias contadas como narraciones de otros tiempos. Ambos se recorren en base a la experiencia, esos senderos, senderos de la memoria, se revelan y rememoran en las palabras recordando a quienes pasaron largas jornadas de su infancia observando la naturaleza, criándose con los cerros, sobreviviendo al peligro como un rito de paso. Y así es como transitar, andar, ascender a los Andes es narrar, y narrar es sentarse a escuchar, dialogar, conversar, sentir y conectarse.











Menú tradicional de Tranquilla

Durante tres jornadas de trabajo participativo y ciudadano, el equipo de profesionales del proyecto “El Ascenso a los Andes...”, junto a la comunidad de Trashumantes de Tranquilla y el curso de 6to básico de la Escuela Rural del sector, realizamos una actividad de memoria y prácticas vinculada a la cultura gastronómica local. El objetivo era transmitir conocimientos de una generación a otra, a través de un dialogo intergeneracional, primero en el marco de una actividad curricular escolar, para luego trabajar con la comunidad de crianceros trashumantes según la información entregada por los alumnos. La comunidad de tranquilla es pequeña y los niños están vinculado familiarmente a los trashumantes de manera directa e indirecta.

A la comunidad escolar se le dio la tarea de construir un menú culinario completo, de carácter tradicional y que provenga de sus familias, el cual se debe presentar en la sala de clases a modo de disertación, con esto, el escolar conversará con sus mayores (padres, abuelos, bisabuelos), sobre qué comían, permitiendo recordar recetas e historias vinculas a estas. Los escolares prepararon una presentación en Power Point, pues en el ramo de Lenguaje y Comunicación estaban trabajando la unidad de cómo hacer disertaciones a través de ese recurso tecnológico de diapositivas digitales. Con esto, cada alumno construyó una receta completa o una parte de ella y la presentó a sus compañeros, profesora, asistente y al equipo de profesionales del proyecto. Se conversó con los escolares y se sacaron conclusiones acerca de qué es una comida tradicional, si aún ellos la conocen o la han probado y por qué algunas se han perdido. Una de las conclusiones más importantes fue que antes se dedicaba más tiempo a la comida, cocinar era paciente y lento, hoy es más rápido y despreocupado. Nos entregaron todas sus recetas y con esto pudimos construir un menú muy completo con cada uno de los aportes de los escolares.

Este menú, re-construido por los profesionales del proyecto, se lo presentamos, días después, a la comunidad de Trashumantes, en la sede social, y fuimos analizando la pertinencia cultural, la antigüedad de cada plato (si la comían por lo menos 4 generaciones desde el presente) y hacer reflexiones sobre el asunto, algunos elementos fueron cambiados, otros re-elaborados y otros se mantuvieron, consagrando un menú final que tuviéramos oportunidad de cocinarlo en la siguiente actividad, además se hicieron los compromisos de traer los productos y el postre que se tenía que elaborar un día antes.

Meses después de la actividad de realización del menú, el equipo del proyecto subió a la cordillera a realizar una etnografía con los trashumantes, allí pu-

dimos ver la elaboración de dos productos adicionales (el charqui de cabro machado y el requesón) que anexamos finalmente en esta lista culinaria.

La cocina patrimonial es una instancia muy interesante y profunda para compartir conocimientos culturales acerca de la identidad local, los productos locales y los trabajos agrícolas ganaderos.

“MENÚ TRASHUMANTE ANDINO DE TRANQUILLA”

1. ENTRADA:

CHAGUAL CON CEBOLLA

Alternativa: 1.2 Charqui de cabro machado con queso de cabra. 1.3 Porotos con berro.

2. ACOMPAÑAMIENTO:

QUESO DE CABRA ASADO CON CHURRASCAS.

La churrasca es una preparación muy común en los campos de Chile y sobretodo en la región de Coquimbo. Es un pan sin levadura, hecho con harina, agua tibia y sal, la masa obtenida se coloca a las brasas en la asadera junto al queso.

3. SOPA:

CAZUELA DE SALÓN DE CARNE DE CABRA AHUMADA CON TRIGO MAJADO

El salón es carne de cabra secada y salada, como una forma de conservación, se ahuma para darle sabor y aroma.

4.FONDO:

ESTOFADO DE CABRITO CON COCHO ALIÑADO.

El cocho es harina tostada y se aliña con grasa de cerdo con color, ají molido, hidratando con agua de vez en cuando hasta que quede cocida.

4. POSTRE:

MACHO RUCÍO.

Alternativa: Requesón con miel de la zona.

Leche de cabra con harina y azúcar caramelizada, además de canela. Su preparación es semejante a la leche asada, pero sin huevos.

El requesón se hace con el suero de la leche de cabra que queda sobrante de la leche con que se hace el queso. Ese suero se cocina a fuego suave y luego se bate suavemente obteniendo una crema muy suave y blanca, luego se hidrata de a poco, obteniendo el requesón. Tradicionalmente se ocupa como mantequilla, pero aquí lo hemos utilizado como una crema para postre.

5. BEBESTIBLE:

TÉ A LAS BRASAS.

Alternativa: Té de *hierba nacional* y *del burro*.

En una taza se le coloca una brasa del asado, se le agrega dos o más cucharadas de azúcar, quedando el carbón caramelizado, luego se le incorpora el agua hirviendo.



























Bibliografía

- Abercrombie, T. (1998). Caminos del poder y la memoria. IEB-IFEA.
- Allen, C. J. (2025). El flujo de la vida en los Andes: Estudios y reflexiones desde la etnografía. Fondo Editorial de la PUCP.
- Alvarez Quinteros, P. (2022). Uyway - uywaña: Crianza mutua para la vida. En Uyway - uywaña: Crianza mutua para la vida (pp. 339–342). MUSEF.
- Aranda Baeza, X. (1970). Algunas consideraciones sobre la trashumancia en el Norte Chico. *Investigaciones Geográficas*, (20), 141–169. Universidad de Chile.
- Arnold, D. (2016). Territorios animados: Los ritos al Señor de los Animales como una base ética para el desarrollo productivo en los Andes. En Á. Román-López Dollinger & H. Galarza Mendoza (Eds.), *Símbolos, desarrollo y espiritualidades: El papel de las subjetividades en la transformación social* (pp. 111–159). Instituto Técnico Ecuménico Andino de Teología.
- Choque, C. (2008). Memoria y olvido del pueblo de Socoroma: Deconstruyendo su identidad e historia. CIACPO–Tierra Viva.
- Goicovic Donoso, I. (1997). Surco de sangre, semilla de redención. La revuelta campesina de La Tranquilla (1923). *Valles. Revista de Estudios Regionales*, (3). Museo de La Ligua.
- González Romero, R., & Contreras Mühlenbrock, R. (2024). Cuerpos morenos en las montañas de Coquimbo: Racialidad y ritualidad afrodescendiente en torno a la Virgen de Andacollo (Chile, 1676–1899). En G. K. Koeltzsch, F. Olvera Charles, & E. N. Cruz (Coords.), *Cuerpos amefricanos: Estudios de sus dinámicas históricas (siglos XVII–XX)*. Universidad Autónoma de Tamaulipas; Editorial Fontamara.
- Hevilla, C. (2014). Instituciones de control, familias y trashumancia en las fronteras andinas argentino-chilenas (1996–2013). En XIII Coloquio Internacional de Geocrítica: El control del espacio y los espacios de control (Barcelona, 5–10 de mayo de 2014).
- Lema, V. S. (2013). Crianza mutua: Una gramática de la sociabilidad andina. En *Actas de la X Reunión de Antropología del Mercosur*.
- Livenais, P., & Aranda, X. (Eds.). (2003). *Dinámicas de los sistemas agrarios en Chile árido: La región de Coquimbo* (pp. [números de página]). LOM Ediciones.

- Monciano, S., Foerster, R., & Alvear, A. (2022). Constelaciones culinarias del Choapa: Voces y memoria. Fundación Rectángulos de Agua.
- Pavlovic, D. (2004). Dejando atrás la tierra de nadie: Asentamientos, contextos y movilidad de las comunidades alfareras tempranas del Choapa. *Revista WERKEN*, (05). Universidad Internacional SEK.
- Pinochet Le-Brun, T. (1911). *Nieves eternas*. Editorial Asies.
- Salazar Vergara, G. (2025). *Del pueblo maldito en Chile: Las revoluciones mestizas (1820-1910)*. LOM Ediciones.
- Skewes, J., Guerra, D., & Henríquez, C. (2014). Patrimonio y paisaje: Dos formas de ensamblar naturaleza y cultura en la cuenca del río Valdivia, Sur de Chile. *Chungará: Revista de Antropología Chilena*, 46(4), 651–668.
- Troncoso, A. (2012). Arte rupestre y camélidos en el Norte semiárido de Chile: Una discusión desde el Valle de Choapa. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino*, 17(1), 75–93.
- Van Kessel, J., & Enríquez Salas, P. (2020). *Señas y señaleros de la madre tierra: Agronomía andina*. Fondo de Cultura Económica.
- Vergara, N. (2016). *Metáfora en los Andes: Trashumancia y resistencia cultural en el Valle del Choapa*. Editorial Quimantú.
- Vergara, N., Salinas Ch., L., Mujica C., A., & Schneider E., N. (2018). Informe final expediente del Patrimonio Cultural Inmaterial: Trashumantes de la comuna de Salamanca, Región de Coquimbo (Folio: 2017_005). SERPAT.

La forma de vida trashumante en la zona cordillerana altoandina del Choapa constituye una de las remanencias más sugerentes de una relación simbiótica entre naturaleza y cultura. Mediante el registro visual y textos etnográficos este libro dimensiona el paisaje cultural asociado a la vida de mujeres y hombres de la comunidad trashumante de Tranquilla quienes se dedican a la crianza de animales y producción de queso. Nos ayuda a comprender la experiencia de una ruralidad de zonas de difícil acceso, acercándonos a una vida enclavada en las altas tierras de La Cordillera de Los Andes.



PROYECTO FINANCIADO
POR EL FONDO DEL
PATRIMONIO CULTURAL,
CONVOCATORIA 2024

